

PRECIO: \$ 1.50

# REVISTA



# DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

Ediciones de ARTES Y LETRAS  
(LOS DIEZ)

## GIACOMO LEOPARDI

Nos corresponde hablar del maravilloso filósofo y escritor *Giacomo Leopardi*. El lugar de este vate de genio está al lado de Dante y Petrarca, es decir, que son los tres mayores poetas de Italia. Pero, además, en la desesperada y nihilista inspiración, en el hondo y dramático concepto de la vida, del fundamental dolor que es su esencia misma, en la expresión sincera, vívida y terrible de ese mal que arraiga en el fondo y como un germen primordial del alma humana, Leopardi no tiene émulos en toda la literatura del mundo.

Si a su poesía dolorosa y sombría, elaborada hasta la más suprema perfección a que puede alcanzar el verso agregamos que Leopardi es un original y vigorosísimo pensador, de perspicacia única para explorar el alma, y a la vez un prosista perfecto de quien dijo Manzoni: «como estilo, quizás no se ha escrito nada mejor en la prosa italiana de estos días», se explicará el largo, afectuoso y apasionado estudio que vamos a consagrarle. No hay medio de conocerlo sin admirarlo, sin amar aún esas congojas, esas téticas cavilaciones, ese desengaño universal e infinita desolación que canta su Musa. Esta poesía de Leopardi, perla de valor incomparable, nace como las otras, de una cristalización de la amargura y del dolor.

Pero veamos ya los elementos que inspiran el estro pesimista del grande e infortunado vate.

El conde Giacomo Leopardi nació en Recanati, en Junio 29 de 1798. Era el primogénito del conde Monaldo Leopardi y de la marquesa Adelaida Antici. Fué educado en la casa paterna. Dos eclesiásticos le enseñaron latín y elementos de filosofía. Ya a los catorce años, abandonando a sus maestros, comenzó a estudiar por su cuenta. Desde los ocho años, por sí solo, procuraba aprender el griego y leía íntegra la seria biblioteca de su padre. A los 16 años había leído toda la antigua literatura clásica, buena porción de los autores griegos y latinos, de la decadencia, y parte de los Padres de la Iglesia. Poseía con absoluta perfección, hasta en los mínimos detalles su propia lengua, hablaba y escribía correctísimamente el francés y el inglés, y además conocía el español, el alemán y el hebreo.

Este saber maravilloso, estupendo en un jovencito de 16 años, se ordenaba perfectamente en su privilegiado cerebro y no esterilizaba sus vivos arrebatos poéticos y ardorosa imaginación. Con estupor de los mayores sabios alemanes, Niehbur entre otros, a los 16 años publicaba una esmeradísima edición de la *Vida de Plotino* por Porfirio, con versión latina y un extenso comentario. En otra ocasión les hacía pasar como griego auténtico unos versos escritos por él. Desde esa edad sus múltiples trabajos de filología y erudición, trabajos que asombran y espantan por el perfecto dominio de aquellas ciencias que suponen en un niño endeble, se sucedieron sin interrupción. Y no se trataba de meras labores de composición sino de memorias que requerían gran poder de raciocinio y espíritu de síntesis. Así, a los 17 años publicaba un profundo *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, obra de un espíritu crítico maduro, y que él escribió en dos meses. En la incuria de los estudios clásicos en la Italia de aquella época, estos opúsculos de Leopardi eran verdaderas fulguraciones en la sombra.

A los 19 años el ambiente estrecho de Recanati, sin sociedad ni centros eruditos donde desarrollar sus ideas, se le hizo insoportable. Pero su padre lo retuvo en el hogar. Para distraer su tedio, emprendió numerosas y geniales versiones de diversos autores griegos.

Tanto éstas, como sus demás trabajos y colaboraciones en algunas revistas dieron inmediata notoriedad a su nombre. Sin perjuicio de ellos, desde 1817 había comenzado a insertar en los periódicos algunas composiciones propias. Las primeras fueron tres largas odas patrióticas en que celebra las pasadas grandezas de Italia, y las hace servir de reactivo contra la decadencia que veía a su alrededor. Este exceso de trabajos había concluído por arruinar la salud del poeta. Entonces, con sus escasos recursos, porque el padre no le suministraba otros, se trasladó a Roma. Ahí, en 1822, se le encomendó la catalogación de los manuscritos griegos de la Biblioteca Barberina. Uno de los muchos artículos de erudición que ahí publicó, lo hizo conocer del célebre historiador Niehbur, que a toda costa quiso, con mil fascinadoras promesas, llevarse al joven sabio a Alemania. Dice Niehbur en una carta: «Este joven, es con mucho, el primero, o mejor dicho, el único verdadero helenista de Italia, y autor de observaciones críticas que harían honor al primer filólogo de Alemania, y no tiene más que 22 años».

Por esa época los recursos le faltaron al poeta, junto con la salud, y tuvo que volver de Roma a Recanati en 1823. Ahí, obligado al reposo por sus dolencias, en completo desacuerdo de caracteres y de ideas con su familia, tomaron sus pensamientos un triste rumbo, y comenzó a componer sus más negras y desesperadas canciones. Reunió y publicó estas poesías en 1824. Un aplauso unánime le llegó de toda Italia.

Por segunda vez abandonó Recanati y pasó los años 1825 y 26 entre Milán y Bolonia; del 27 al 29 vivió en Florencia. Volvió por un año a Recanati y en 1831 estaba de nuevo en Florencia. Su padre le había cortado todos los recursos, y el infeliz poeta necesitaba trabajar desesperadamente en comentarios, ediciones, antologías, etc., etc., para poder vivir. En 1827 publicó una colección de diálogos, pensamientos y anécdotas llamada *Operette morali* en que su pesimismo sistemáticamente organizado y caldeado por sus desgracias y por su imaginación, se abre camino en la prosa espléndida que hemos visto admirar a Manzoni. Es una verdadera obra maestra de observación moral que coloca al autor entre los cinco o seis mayores mora-

listas del mundo. Con perspicacia, acierto y lucidez implacables, el autor va destruyendo las ilusiones de la vida, evidenciando su futilidad, y la infinita vanidad de todo. Nada se resiste a la apasionada invectiva, a la dolorosa ironía de Leopardi.

Las dolencias del poeta aumentaban, agravadas por la sordida miseria del padre y la falta de entrañas de la madre. Tuvo el poeta que renunciar a sus estudios filológicos; y aun las otras labores hubo de suspenderlas por largos periodos. Sufrió cruelmente de la vista; durante un año entero no pudo leer ni una línea. Resultado de sus gigantescos trabajos había sido una deformación del sistema óseo, que le trajo principios de tisis y de hidropesía. En sus últimos veinte años, el heroico poeta apenas si tuvo algunos meses de alivio. Recuerda el suyo el caso de Pascal.

Penetrado de que ya no podría trabajar más, en 1830 entregó todos sus manuscritos a un francés para que los editara. En 1830 publicó una nueva edición de todas sus poesías con una bella y conmovedora dedicatoria a sus amigos. En 1833 fué a establecerse en Nápoles con su íntimo Ranieri. El temperamento lo restableció por algún tiempo; mas el mal que lo minaba siguió su curso; y el 14 de Junio de 1837 murió súbitamente, parece que de la ruptura de un vaso interior. Se le creyó muerto de cólera, y costó sustraer su cuerpo de las incineraciones en masa que por tal motivo se efectuaban entonces.

Acababa de terminar un poemita en 8 cantos: «Paralipómene de la Batracomyomaquia de Homero». Con sarcástica y punzante burla se mofa en él de las ilusiones humanas y pone de manifiesto la infelicidad de la vida; su talento de versificación es impecable como siempre, pero es demasiado vivo el contraste entre el tono y el fondo del poema.

En sus últimos años, incapacitado para un trabajo continuo, el poeta acostumbraba tomar notas, apuntar observaciones, consignar breves pensamientos o reflexiones, anotar fugitivos versos, núcleos de alguna futura poesía. Esta miscelánea de apuntes, este *Zibaldone* como la llaman los italianos, que hoy día forma siete abultados volúmenes, había permanecido celosamente guardada por el amigo de Leopardi, Ranieri, y por la

familia de éste. Cediendo al deseo público, el Estado de Italia adquirió todos esos impagables manuscritos, fuente inagotable de datos sobre la vida interior y externa del poeta, manantial profundo de estudio, tesoro de riquezas literarias y morales, y los hizo publicar en Florencia desde 1898 a 1900, bajo el rubro de *Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura di G. L.* Fuera de estas obras, dejaba una amplia correspondencia que no es la menos bella y extraordinaria de sus producciones. Ahí tenemos al desnudo esa alma atormentada, con lucidez única para analizar sus sufrimientos, para expresar la sempiterna congoja de su corazón y su desolado concepto de la existencia. Ese dolor universal en que se funde el del poeta, ese trágico destino del género humano, que es infeliz del nacer al morir, lo hace, con fervoroso anhelo, aspirar a la muerte, la suprema redentora.

Fuera de sus poemitas satíricos o festivos, la obra propiamente lírica de Leopardi es reducida; todo su bagaje lo componen unas 42 piezas originales, muy pocas de las cuales exceden de cien versos. Pocos poetas, con tan corta producción, han conseguido eternizar su nombre. Pero es que las piezas de Leopardi son todas verdaderas joyas de arte y de sentimiento, modelos perfectos de poética y amplia concepción. Daré los nombres de las más conocidas: tres canciones patrióticas a Italia, Dante y Angelo Mai; *Bruto Minore*, en que el poeta blasfema de la virtud; *Aspasia*, en que ataca a ese fantasma del amor; *Ultimo canto de Safo*, en que canta bajo el nombre de la poetisa helena un personal desengaño amoroso; el *Pensamiento Dominante*; *Amor y Muerte*, en que sintetiza su pesimismo; *Consalvo*, profunda y apasionada elegía, con divinos versos; los *Recuerdos*; la *Ginestra o la Retama*, grandiosa invectiva contra el teísmo, en que la naturaleza inconsciente y despiadada aparece como la dominadora del universo, y el hombre como un ínfimo accidente en el Cosmos; el *Canto Nocturno de un pastor en el Asia*, en que pinta en forma impresionante, de melancólica serenidad, el vacío, el tedio de la existencia humana, perdida en la soledad sin término y sin objeto del universo.

Factor capitalísimo en la vida y el pensamiento de Leopardi

fueron sus padres. Ellos le crearon al poeta un ambiente doméstico tan infausto, tan perjudicial al libre vuelo de su genio, que no se comprenderá bien éste sin algunas nociones de lo que eran el conde Monaldo y la marquesa Adelaida.

El padre de Leopardi, según éste mismo lo pinta en algunas cartas de trágica desesperación, parece haber sido un hombre frío, orgulloso y harto avaro. De carácter exigente y duro consigo, lo fué también con Giacomo. El hogar de los Leopardi era tan escaso de rentas como rico de nobleza: se llevaba ahí una vida estrecha y oprimida. Para mantener su situación tenía el padre que economizar, es decir, lo hacía su mujer, y lo hacía con avaricia rayana en crueldad. Sus hijos tenían que mendigarle algunos cuartos en las pocas ocasiones en que osaban afrontarlo.

Fuera de esto y en el terreno intelectual, de una intolerancia y rigidez de convicciones católicas extremadas hasta un despotismo de inquisidor. Y como las ideas del poeta lo llevaban al polo opuesto del sentir paterno, pronto surgió entre ambos la discordia. Sin dejar de admirar el genio de su hijo, no podía el padre tolerar tal revuelta intelectual. De ahí, por lo menos un distanciamiento que hería al poeta en sus vivísimos afectos y le arrancaba cartas de cruel, implacable perspicacia en contra del autor de sus días.

Empero, el conde Monaldo era la dulzura misma comparada con su mujer. La marquesa Adelaida era de una frialdad, de una estrictez y un ascetismo casi, o sin casi, criminal. Su inconsulto celo religioso le impedía poner en otro que en Cristo su cariño, aun cuando ese otro fuera un niño de genio como Giacomo. Encastillada en su alcoba, lejos de las expansiones de sus hijos, preocupada sólo de reunir dinero en esta vida y méritos para la otra, deplorando el talento de Giacomo que lo distanciaba de la fe católica, se mantuvo frente a él en una actitud de indiferencia, cuando no de hostilidad, de renuncia a todos los afectos maternos. Nunca fué madre, siempre fué para sus hijos menos que madrastra. Ella incitaba al conde en contra de sus hijos, ella economizaba el dinero casi hasta llevar el hambre al hogar, ella dominaba al marido torturaba a su pro-

genie, y abominaba de los estudios de nuestro poeta. Seguramente que, en servicio de su marmóreo religiosismo, no ha dependido de ella velar el genio de su hijo inmortal.

Si el padre atormentó al poeta, a lo menos alguna vez vió Giacomo algo de interés en el Conde, sorprendió un gesto de admiración o de amor. La madre tuvo el desgraciado heroísmo de no tener en su vida uno de esos arranques que reconcilian a un hombre con su hogar. Ella fué uno de los factores del pesimismo leopardiano. La primera aguda espina que atravesó el corazón del poeta la clavó la madre de entraña de bronce, que no se resignaba con que Giacomo renunciara al sacerdocio y a los beneficios eclesiásticos correspondientes.

Una vez, sólo una, contó el poeta su desgracia; y lo hizo en tales términos, con tal amargura, con desborde tal de sentimientos indignados y entristecidos, con tan soberbia hermosura de forma, que seguramente habrá pocos documentos iguales en la literatura. Esas páginas pesan sobre la memoria de los padres de Leopardi, sobre todo de la madre, más que una lápida sepulcral. No conseguirán los siglos apartarla de esa madre desnaturalizada que sacrificó en aras de un sombrío fanatismo al genio que por la eternidad había de immortalizar a su raza.

No creo que puedan leerse sin emoción, sin piedad infinita por ese joven de 21 años, estas angustiosas, desoladas líneas, que no tienen paralelo en lengua italiana:

«Io non vorrei mai scordarmi de' miei doveri, io vorrei essere infelice io solo; vi giuro che se qualche cosa mi turbava nella risoluzione ch'io aveva formata, non erano ne i pericoli a cui mi esponeva ne i biasimi altrui, de' quali non fo nessun conto, ne la morte che i disagi e la povertá m'avrebbero procurata ben presto con mia consolazione, ma il solo pensiero di dar disgusto ai miei genitori. Io ho sempre amato mio padre e l'ameró; e mi duole che voglia trattarme come gli altri uomini, e creda l'inganno piu vantaggioso con me della schiettezza, mentre mi sembra d'aver dato prove sufficienti del contrario. Ripeto ch'io non desidero se non d'essergli sempre riconoscente e rispettoso e certamente sarò tale nel fatto, se non potrò anche nelle apparenze. Io non mi pento della condotta passata, ne

bramo cangiarla. Solamente prego che voglia aver qualche riguardo alle inclinazioni mie, che ora non sono piú mutabili naturalmente, e contrariato mi faranno infelice fin ch'io viva, e forse peggio ch'infelice.»

Esto respecto del padre. Tenemos retratado aquí el genio excelente, el carácter afectuoso, profundo en sus sentimientos, del vate infeliz. Oigámosle ahora hablar de su madre:

«Io ho conosciuto intimamente una madre di famiglia che non era punto superstiziosa, ma saldissima e esattissima nella credenza cristiana e negli esercizi della religione. Questa non solamente non compungeva quei genitori che perdevano i loro figli bambini, ma gli invidiava intimamente e sinceramente, perche questi eran volati al paradiso senza pericoli e avean liberato i genitori dall'incomodo di mantenerli. Trovandosi piú volte in pericolo di perdere i suoi figli nella stessa età, non pregava Dio che li facesse morire, perche la religione non lo permette, ma gioiva cordialmente: e vedendo piangere o affliggersi il marito, si rancchiava in se stessa e provava un vero e sensibile dispetto. Era esattissima negli uffici che rendeva a quei poveri malati, ma nel fondo dell'anima desiderava che fossero inutili, ed arrivò a confessare che il solo timore que provava nell'interrogare o consultare i medici era di sentirne opinioni o ragguagli di miglioramento. Vedendo ne'malati qualche segno di morte vicina, sentiva una gioia profonda, che si sforzava di dissimulare solamente con quelli che la condannavano; e il giorno della loro morte, se accadeva, era per lei un giorno allegro ed ameno, ne sapeva comprendere come il marito fosse si poco savio da attristarsene.»

Sigue la implacable descripción de esa alma femenina, dura y helada como piedra. Y nos inclináramos a maldecir a esa alma refractaria a las virtudes y nobles afectos si no pensáramos que Leopardi le debió el sér. Basta eso para perdonarle sus yerros.

Por lo demás, si aquel frío y descariñado hogar despertó prematuramente en el poeta el espíritu de observación y desde temprano desarraigó de su alma esas ilusiones, risueñas apariencias y encantos de la vida doméstica, ellas no hicieron más

que anticipar un trabajo de valorización, de crítica de las realidades y sentimientos, que más o menos luego el poderoso genio de Leopardi, su infalible intuición y genial perspicacia le hubieran revelado en su efectiva y verdadera nulidad.

Lo dicho anticipa una de las características y méritos de la obra de Leopardi que vamos a estudiar: es una literatura sincerísima hasta ser patética, obra vivida por el autor, y trabajada con energías, pasión y arte excelsos, al alcance de todo el mundo, porque canta el mal y dolor universales, eterno e ineludible patrimonio de la humana especie.

Pero hay algo más que poesía y fugitivas e individuales sensaciones en la obra de Leopardi. Este divino poeta encubre a un pensador y un psicólogo egregios, a uno de los filósofos que más al desnudo han contemplado el alma y la naturaleza, a uno de los más profundos y rigurosos especulativos que jamás haya existido. (Existe al respecto un soberbio y definitivo trabajo de A. Gatti: *Il sistema filosófico de Giacomo Leopardi*, 1906). En su efímera vida, paseó una mirada escrutadora y desencantada por sobre este panorama tedioso, monótono y acerbo, cuando no cruel e inmoral hasta sugerir el suicidio. Y sus versos son la sublime forma de arte que traduce aquella desolada visión de la vida, contemplada como en cifra en la desventurada existencia del poeta.

No conoceremos, pues, en su esencia, en su inconmensurable hondura la poesía de Leopardi si no penetramos hasta esas ideas que él ha envuelto en formas de inefable belleza.

El pesimismo nació a la puerta del paraíso cuando el primer hombre, desnudo y hambriento, fué expulsado del divino jardín, símbolo del ideal que perseguirá siempre sin jamás alcanzarlo la humana especie. Desde aquel día hasta hoy ha resonado siempre con trágica y desgarradora angustia el grito del dolor, la invocación a la muerte consoladora. Si hubiéramos de fundir en una sola voz el llanto de las criaturas, las lágrimas y sollozos, los lamentos, las blasfemas imprecaciones, los hondos y acongojados suspiros, las férvidas plegarias e impotentes maldiciones que a diario y por miles de años se han alzado al cielo desde éste que llaman valle de lágrimas, el eco de ese lamento

formidable habría salvado ya los espacios y llegado más allá de la última estrella que pueden nuestros ojos vislumbrar.

Pero la humanidad no sólo ha sufrido; ha meditado su dolor. Y de siglo en siglo, cual funeral tañido, la voz de sus pensadores y poetas ha cantado el drama del dolor que es la existencia mortal, la vanidad de vanidades, lo efímero de cuanto existe, el horrible vacío de esta vida en que el tedio y el dolor florecen en la tierra y forman la bóveda de nuestro firmamento. Cuando el hombre se ha sentido inspirado, cuando su voz ha tenido grandeza y majestad, ha sido al proclamar la total inanidad de la existencia. En tal condenación de la vida, y sus mentidos halagos, y fantásticos bienes y quiméricas ilusiones han concordado desde los estadistas y filósofos hasta los profetas y los santos. Basta recordar los escépticos y doloridos acentos de *Job*, *Salomón* y *Feremías*.

Las religiones mismas sientan como premisa incontrovertible y buscan su razón de sér en ese mal y dolor universal que sigue al hombre como su sombra. Cuatrocientos millones de budistas, idólatras de la nada, persiguen hoy el *nirvana* que ha de extinguir el mal de la vida proclamado por Cakya Muni. El cristianismo nos explica por el pecado original la decadencia y perversión humanas, y no osando prometernos una dicha terrestre, la posterga para ultratumba.

El teatro griego, en Esquilo sobre todo, canta la miseria del hombre, sus sangrientos y fatales conflictos, la tragedia del vivir. El teatro de Shakespeare nos representa todos los malos instintos, las bajas pasiones y vilezas del corazón del hombre. Y es tal la infausta suerte humana, que un poeta católico, un sacerdote, pregunta desde la escena:

«¿Qué delito cometí  
contra vosotros naciendo?

.....  
«Que es el delito mayor  
Del hombre el haber nacido.»

En Francia, los mayores genios del púlpito, Bossuet, Massillon, y sobre todo Bourdaloue, ¿qué hacen sino glosar las mise-

rias de esta existencia cuya simiente fecunda e inmortal arraiga en nuestras almas?

Y junto a ellos, por encima de los siglos y los hombres ¿qué dice Pascal, triste y dolorida víctima cual Leopardi, asombro de la inteligencia humana él también? ¿Ha escrito alguien frases de más metálica dureza, de más irrefutable raciocinio y experiencia para exhibir palpitante esa naturaleza humana amasada con todas las elevaciones y pequeñeces, con todas las contradicciones, vergüenzas e ignominias que hacen del hombre un *monstruo incomprensible*? Escuchemos a ese genial cristiano: «El hombre, pues, no es sino disfraz, mentira e hipocresía, tanto en sí mismo como respecto de los demás. No quiere que se le diga la verdad, evita decirla a los otros; y *todas estas disposiciones*, tan alejadas de la justicia y de la razón, *tienen una raíz natural en su corazón*».

Pues el único lenitivo de tal infortunio, la sola redención que discurre Pascal es lanzar la humanidad entera al pie de la cruz.

Y al lado de ese Pascal, creyente hasta destrozarse el cuerpo con maceraciones y cilicios, están otros concedores del hombre, Montaigne, que catalogó nuestras vanidades y miserias. La Rochefoucauld, La Bruyère. ¿No constatan ellos también la infelicidad humana? Omito hablar de Maquiavelo, que, parece, conocía a los hombres, ni de Spinoza. Y llego ya a Voltaire que, sin predicar el pesimismo, ridiculiza para la eternidad el optimismo, escribiendo con la garra de Satanás aquel CÁN- DIDO que por la sangrienta burla merecería figurar entre las creaciones de Leopardi. Y en el siglo XIX ¿habrá de recordarse la poesía sobria y profunda, potente y magnífica en la blasfemia de *A. de Vigny*?

Tenía, pues, precedentes y predecesores nuestro poeta, y dejó dos insignes herederos en Shopenhauer y Hartmann. Pero lo que no existía fué la base racional, filosófica del pesimismo. El la desentrañó, la ordenó, y entretejió el cosmos, nuestro mundo y la especie humana en malla diamantina, formando un sistema coherente, riguroso, basado en irrecusable experiencia, a comenzar por la propia. Y para conferir a sus ideas, a este evan-

gelio de la infelicidad, perenne vida, las engalanó con la más bella vestidura que jamás soñara artista alguno para su obra.

Leopardi ha hecho el círculo de nuestra vida, la ha contemplado por todas sus fases, y como síntesis de su examen ha encontrado en todo, en el cosmos, en la naturaleza y en el hombre, en la base de toda existencia, el dolor, el mal. Esa concepción es el pesimismo. Leopardi es el más amplio, el más lógico y consecuente de los pesimistas.

Su sistema trae como corolario inmediato la negación de Dios y su providencia; un determinismo orientado hacia el mal puesto que todo procede de él y a él conduce. Consecuencia de todo ello es una absoluta amoralidad.

La sociedad humana es un paliativo para que los hombres no se desgarran como fieras. Hay en la naturaleza una inmoralidad, una absoluta despreocupación por la suerte de esos parásitos que se llaman el género humano. Lo dice Leopardi con esa dulce y feroz tranquilidad que es su característica: «¿Imaginábase, quizás, que el mundo era hecho a vuestra intención? Pues sábete que en la creación, ordenamiento y operaciones mías, con rarísimas salvedades, siempre tuve y tengo la intención en muy otra cosa que en la dicha de los hombres o en su infelicidad. Cuando en alguna manera o por cualquier medio os ofendo, sólo muy rarísimas veces me percató de ello; lo mismo que de ordinario si os plazco u os deleito, no lo sé. Y no he hecho tales cosas y no ejecuto cuales actos para deleitaros o daros goce. Y finalmente, aun si me ocurriese extinguir toda vuestra especie, no me daría cuenta de ello». («Diálogo de la Naturaleza y un islandés»).

En un mundo del mal y el dolor absolutos, ni virtud ni sacrificios ni belleza tienen vida real; son visiones incompletas de la realidad, fantasías de nuestras imaginaciones con que voluntariamente nos cegamos acerca de nuestra desgracia congénita. La mayor ciencia sirve sólo para hacer vibrar más el dardo del dolor; crea nuevos anhelos, nos hace vulnerables por más puntos, irrita nuestras ansias sin poder satisfacerlas. Nunca podrá la ciencia mejorar nuestra condición de dolor; antes la aumentará; ni podrá jamás cambiar el cosmos ni mucho menos podrá

modificar la naturaleza humana, radicalmente perversa y triste. Porque no hay que confundir el progreso de la inteligencia con el progreso de la felicidad; son cosas diversas y contrapuestas.

Las pasiones son, desde luego, un fenómeno fisiológico, y en tal sentido, congénitas en el hombre; no cabe desarraigarlas, y supuesto que por un tiempo se lograra, el sólo refrenarlas es ya un dolor, un mal. El hecho sólo de que existan, aun cuando estén sujetas, esa aspiración insaciable, ese anhelo irrepresible encadenado a las mil trabas que aquí encuentra su satisfacción; eso es el dolor, eso será siempre el dolor, que jamás dejará de torturar el espíritu del hombre. Las que juzga el hombre nobles aspiraciones, la de saber, la del bien, la de engendrar obras bellas, otros tantos fantasmas engañosos que perseguimos para distraernos del mal presente y efectivo, quimeras con que nos ilusiona la naturaleza y que en su irrealizable objeto nos dan la medida de nuestra incurable imperfección, del mal que está en el exterior cómo palpita en lo íntimo de nuestro sér.

Y especializando su cruel examen, Leopardi, con lúcido y armonioso estilo, con su ironía a lo Pascal, con esa fuerte y despiadada dialéctica que talla en carne viva, va mostrándonos en infinito pormenor el mal que cual funesto germen anida en cada afecto y pasión, en todo estado y condición de la existencia, en cada uno de nuestros impulsos, ideales y sentimientos, en cada una de nuestras instituciones, leyes y creencias. En todas deja caer una gota de escepticismo y desencanto. Nada halla piedad ante esta crítica demoledora, de perspicacia terrible.

El balance de este análisis es la bancarrota de todo ideal filosófico o social. Mal, dolor, esta es la fórmula del universo; y conforme a ella, la vida no vale la pena de que se la viva. Los hombres son juguetes de un caprichoso encuentro de las fuerzas cósmicas. Porque hay que reconocer que en este mundo no existen ni vestigios de un orden preestablecido, de un Creador. En cuanto a imaginar una supervivencia de nuestro espíritu, esa es la más funesta y quimérica de las fantasías con que procuramos indemnizarnos de las crueles realidades haciendo méritos para una imposible vida ultramundana. El genio má-

gico de Leopardi nos abre uno tras otro los círculos del nuevo Infierno en que van sepultándose las ilusiones, caras esperanzas y deleitosas imágenes que alegran la existencia. Para dar idea del apasionado ataque de Leopardi a esas engañosas creaciones con que nos alucina la vida, oígase cómo habla de la virtud en su *Bruto Minore*: «¡Oh, frágil humanidad! somos una abyecta parte de las cosas... el sufrimiento humano no hace palidecer a las estrellas. No invoco al morir ni a los sordos reyes del Olimpo y del Cocito, ni a la tierra indigna, ni a la noche, ni a ti, supremo rayo de la negra muerte o recuerdo de la futura edad! ¿Qué pueden para el apaciguamiento y el honor de una tumba altiva los sollozos, las palabras y los dones de una vil multitud? Los tiempos se precipitan hacia lo peor, y no habría razón para confiar a la posteridad corrompida la honra de las nobles almas y la suprema venganza de los vencidos. Que alrededor mío, la feroz ave de presa agite sus alas, que la bestia feroz estreche mi cuerpo entre sus garras, que la tempestad arrastre mis ignorados despojos y que el viento acoja mi nombre y mi memoria».

No trata con más ceremonias al amor. Demuestra la inconsciencia que palpita en ese impulso de dos almas una hacia otra:

«... Quel ch' ispira ai generosi amanti  
 La sua stessa belta donna non pensa  
 Ne comprender potria; non cape  
 In quale angusta fronte ugual concetto», &. &.

Estas desoladas ideas, que forman un rígido y férreamente eslabonado sistema, es el que se desarrolla en mil diversas formas, poesías de celestial dulzura, diálogos de acerado sarcasmo, comentarios de volteriana ironía, panfletos de aplastador desdén, historietas, mitos de profundidad y transparencia cuales en ninguna literatura se encuentran parecidos. El genio mismo de la desolación, aquél que cantaba en las ruinas de Palmira, es el que mora en estas ruinas del mundo moral. No bastan a suavizar y disminuir la tristeza y a encubrir el inmenso vacío, el sombrío abismo abierto ante nuestra raza, ante

nuestra especie, la magia indecible, la elocuencia, la poesía sublime, la dialéctica estrecha y luminosa, todas las formas supremas de la belleza con que reviste Leopardi un sistema que importa la negación de todas estas cosas. Necesítase que la luz deslumbradora de la verdad, el aguijón cruel de la experiencia vengan a hacérselo aceptar, y agregando así al espíritu una tortura más con el sentimiento de lo irrevocable, haga desbordar el océano infinito de dolor en que navega la humanidad.

¿Qué valor tienen estas ideas? es la pregunta que a estas alturas se impone. En otros términos, ¿qué parte de verdad hay en el pesimismo? ¿hasta qué punto lo acreditan los hechos?

No es ésta la oportunidad ni el auditorio ante quien tales cuestiones puedan ventilarse. Por otra parte, no siendo floricultor, no me atrevería a tronchar una sola flor en el jardín de ilusiones que llevan en el alma las jóvenes que me escuchan. Demasiado pronto la vida contestará por mí.

Pero hay derecho de preguntarle al profesor su opinión al respecto. Y yo, reservando para más lato estudio el aspecto cosmológico y filosófico, y atendiendo sólo al lado moral del problema, debo declarar con entera sinceridad que después de 30 años de estudios, y de observar la vida y su tumulto desde un solitario abrigo, participo plenamente del credo Leopardiano. Agregaré que lo que más me inclina a ello es, además del catecismo, el trágico, el horrendo espectáculo de la historia, ese catálogo espantable de cuantos crímenes y perversiones cabe imaginar, horrores que, con burla de la supuesta ley del progreso, han ido aumentando en la misma proporción en que adelantan ciencias e industrias. Me confirman en este sentir el grito de los hombres y el tronar de los cañones que en apocalíptico concierto proclaman hoy en Europa... la grandeza y esplendor de la especie humana.

A sus ideas, tristes por cuanto verdaderas, ha dado Leopardi una forma que las hará perdurar. Al servicio del pensador eminente hay un incomparable artista que ya es tiempo de estudiar.

De la prosa de Leopardi he dado ya el más autorizado juicio,

el de Manzoni. Pero lo encuentro un tanto restringido, como escrito antes de conocerse todas las obras del poeta; porque no sólo en el siglo XIX, sino en los dos anteriores no encuentro quien se le acerque en firmeza y brillo marmóreo de la frase, en vigor del concepto, en la nerviosidad, en la amplitud de la frase, en una perpetua y deleitosa armonía, y en todas esas admirables cualidades del espíritu, ironía, sarcasmo, invectiva, fuerza y exquisita dulzura. Todo esto fundido con supremo artificio, sin asperezas ni desentonos, todo esto luminoso como una estatua griega. Con fecunda y ligera fantasía, a imitación de Luciano, pone sus ideas en diálogos llenos de vida y natural, en las situaciones más dramáticas; y la escena se desenvuelve con una viveza y un vigor de raciocinio que maravillan. El tono se eleva a veces con vuelo platónico; en otras baja a la sencillez, pero sin vulgaridad. Y el motivo pesimista aparece siempre al fondo del cuadro, nota dolorida que persiste y domina las mil variaciones de la orquesta.

Tanto en la prosa como en la poesía, es Leopardi enteramente heleno en la forma. De los griegos tiene la inimitable sencillez. No busca efectos chillones, nunca es ampuloso; escoge siempre los más simples vocablos y hace gala de presentar los más profundos pensamientos en la más natural desnudez. Su estilo está bruñido hasta la última perfección; y la sensación de arte consumado que nos produce no sabríamos decir si proviene de la cristalina y límpida idea o de la transparente vestidura literaria en que la envuelve. Nada disuena en las obras de Leopardi; las transiciones son naturalísimas, y el lector se siente arrastrado por una tranquila y potentísima corriente. Por encima de todo esto, una serenidad imperturbable aun en el mayor arranque de pasión, y una dulzura y armonía inefables. Tiene el dón de combinar palabras que se graban para la eternidad en los corazones, y versos vibrantes con perdurable energía; de esculpir sentencias lapidarias, suma de una dolorosa experiencia, que por siempre nos torturarán el alma.

Esta suavidad indescriptible de la literatura de Leopardi no excluye, por cierto, la fuerza. Hay en sus versos y en su prosa, bajo la armónica arquitectura de los períodos, una plenitud de

vida, una solidez, un vigor extraordinario del concepto. Su obra es cual bellísimo cuerpo de efebo griego, ágil, blanco, luciente y armonioso como el de un joven dios, pero con recia musculatura de atleta. Tiene un modo propio de decir simplemente las cosas grandes.

El verso de Leopardi, algunas veces aconsonantado y otras no, es flexible y se ciñe con fidelidad a la idea; ora breve y conciso, ora dilatándose majestuoso hasta encerrar en una línea un pensamiento de infinita grandeza. Pero aun cuando prescindiese del consonante, el autor difunde por sus versos una armonía de sentido y de frase que fascina.

Si Leopardi es tan insigne poeta, es porque en sus versos palpita, buena o mala, una filosofía, un concepto de la experiencia eterna, cosa que no se había visto en poeta lírico alguno desde tiempos de Lucrecio. Y siendo clásico, heleno, por la escultural perfección de la forma, es Leopardi romántico y modernísimo por ese afán de analizarse con infatigable interés, por la inquietud del pensamiento y la honda congoja moral que tiñe de melancolía su obra. Nunca el dolor humano, la desesperanza, el tedio de la vida, esa nada efectiva de lo que nos fingimos un mundo, se han expresado con mayor sinceridad, con más persuasiva elocuencia.

Fieles a su ley de belleza, representaban los griegos a la Muerte en figura de una hermosísima mujer, dulce y majestuosa de semblante, irradiando melancolía de su persona y envuelta en blancos y leves tules. Esta diosa es el símbolo de la poesía leopardiana, bella, triste y con la solemnidad misteriosa de ultratumba.

A esa Muerte es a la que el Poeta invocaba como suprema benefactora, como postrer refugio contra el dolor, en los siguientes versos que sellarán esta conferencia:

«Y tú, a quien invoco desde mis primeros años cual honrada diosa, bella Muerte, única en compadecerte de los dolores del mundo; si alguna vez te celebré, si he procurado vengar tu poder divino de las afrentas de un vulgo ingrato, no demores, escucha unas súplicas como las que rara vez oirás, sella para

siempre a la luz estos ojos, ¡oh soberana del tiempo! Por cierto que cualquiera que sea la hora en que para mí despliegues tus alas, me encontrarás altivo, armado contra la suerte, e indomable. A la mano que al flagelarme se enrojece con mi sangre inocente, no la colmaré de elogios y bendiciones como lo hace la añeja vileza de la especie humana. Todas esas vanas esperanzas con que el mundo se consuela a igual que las criaturas, todos esos ilusorios sustentos, los rechazaré lejos de mí. El solo día sereno que espero es aquel en que mi rostro adormido reposará sobre tu virgíneo seno.»

R. DÁVILA SILVA.

*(Leo Par).*

Diciembre 7 de 1917.